

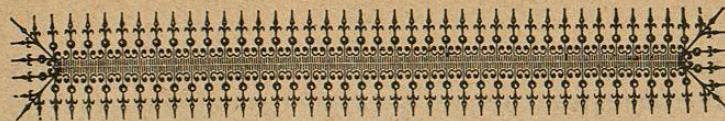
ella, y que era muy justo; y lloraba y sollozaba tanto diciendo estas cosas, que la enferma y la enfermera no pudieron menos de llorar con ella.

Estas escenas se renovaban todos los días, y este debate fué tan lejos, que el Obispo tuvo que ir á poner orden en el asunto. Pero la Santa defendió tan bien su causa, é hizo valer tantas y tan buenas razones, que el señor Obispo dió la sentencia á su favor, y por más que dijo la Madre de Blonay, mandó que se dejase á la Madre de Chantal el consuelo de humillarse á su gusto, á ejemplo—decía este buen Prelado—de Nuestro Señor Jesucristo, que fundador del mundo y de la Iglesia, se había hecho el último de todos, y había besado los piés á sus discípulos. El Ilmo. Sr. Guerrin estaba lleno de gozo considerando estas escenas. Levantaba las manos al cielo: «¡Ojalá—decía—que en este momento me fuese dado sacrificar mi vida, porque jamás hubiese otra disputa que ésta entre las Superiores elegidas y las Superiores depuestas de la Visitación (1).»

Durante este tiempo—dicen las antiguas Memorias—la bienaventurada se manifestaba tan extraordinariamente dulce y amable, y tan ocupada en Dios y en las cosas eternas, que algunas de nosotras nos estremecíamos, temblando que esta sagrada antorcha estuviese para dar su último resplandor (2).

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 181.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 270.



CAPÍTULO XXXIII

Retrato de la Madre de Chantal.

Acércase, efectivamente, la hora en que la bienaventurada Madre de Chantal va á entrar en la eternidad. Recojámonos, pues, un instante, y contemplemos una vez más el conjunto de sus venerables facciones.

Existe en el segundo monasterio de la Visitación de París un cuadro original, que tiene la fecha de 1636, sobre el cual se lee: «Nuestra respetable Madre Juana Fremiot, primera de la Orden, á la edad de sesenta y cinco años (1).» Este lienzo, sin la firma del autor, pero de buen pincel y pintado durante el viaje de la Santa en 1636, nos permite contemplar á la Madre de Chantal en todo el brillo de su hermosa vejez. Son las mismas facciones, el mismo parecido que en su retrato de joven soltera. Sólo que bajo la influencia de la edad y la acción de la virtud, la fisonomía ha cambiado un poco. Lo que había de ardiente, y casi iba á decir de altivo, en el rostro de la Santa á los veinte años, ha desaparecido. El fuego de su mirada se ha dulcificado. Una encantadora bondad está impresa en sus labios: la barba, algo dura, se ha redondeado, lo que acaba de dar á todo el semblante la expresión de la dulzura. Pero aún se ad-

(1) Este hermoso retrato es el que damos al principio del segundo tomo de esta historia.

vierte aquella frente alta y espaciosa; aquellas sienas fuertemente dibujadas, que manifiestan la energía de su carácter; los juanetes abultados; las mejillas llenas y sonrosadas, cubiertas, como se ve á menudo en Borgoña, de venitas sanguíneas que atestiguan el ardor del temperamento; la nariz fina y ligeramente aguileña; la boca amable, y aquel aire de distinción, majestad y gracia, moderado, no obstante, ahora mucho más que en su juventud, por la modestia, y tansfigurado por la bondad.

Curioso sería colocar enfrente de este retrato el hermoso de Santa Teresa, como le han publicado recientemente los Bolandistas. Se vería en una sola ojeada en qué se parecían estas dos grandes almas, una y otra llenas de inteligencia, viveza, vehemencia y fortaleza, pero con una diferencia que las distingue completamente. El talento de Santa Teresa es como su mirada, claro y elevado. Es un entendimiento penetrante que se remonta sin esfuerzo á los pensamientos más sublimes, y se deleita en elevarse á las alturas. El talento de la Madre de Chantal es de otro género. Es un talento todo práctico, también muy penetrante, pero inclinado á los negocios, poco á las ideas, más sólido que brillante, y casi desprovisto de imaginación, pero de un raciocinio y buen sentido rarísimos. Después de su muerte, cuando los médicos abrieron su cuerpo para embalsamarle, declararon no haber visto nunca cerebro más sano, ni cabeza mejor organizada, añadiendo que no era de admirar tuviese tan buen juicio, y un genio tan morigerado (1).

De la diferencia de los talentos nace la diferencia de la palabra. La elocuencia de Santa Teresa es célebre. Con sólo abrir los labios y coger la pluma en la mano, las ideas, las imágenes y las más brillantes comparaciones fluyen en abundancia. La Santa Madre

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 292.

de Chantal se agotaba más pronto. En general hablaba poco y brevemente. «Preguntadme—decía sin cesar á sus Hijas—porque yo no soy gran predicadora, y casi no sé hablar sino respondiendo.» Escribía aún mucho menos. Puesta durante treinta años á la cabeza de un nuevo Instituto, elevada á muy altos grados de oración, versada profundamente en las cosas de Dios, nada escribió, sin embargo. Lo poco que tenemos de ella ha sido recogido de sus conversaciones y de los capítulos que presidió, y aun esto sin que lo supiese. Sus cartas no se recogieron hasta después de su muerte; las escribía corriendo; las dictaba á menudo, y algunas veces á tres ó cuatro secretarias á un tiempo (1); siempre breves, sin poner más que lo preciso, con algunas palabras bondadosas y cordiales al fin. Instrucciones, discursos, cartas, respuestas: todo para la Santa era acción, sin dar más importancia ni dedicar más tiempo á una cosa que á otra. No obstante, estas cartas, á pesar de su descuido, revelan un gran talento. Todo en ellas es tan castizo, sólido, y á veces tan eficaz y tan vehemente; hay tantas ideas y tan pocas palabras; tal desdén de formas, con tal facilidad de llegar á ellas sin pensarlo; tan bellos rasgos de pasión, con una razón tan serena, tan clara y con tan buen juicio, que evidentemente, el talento que guía la pluma debe ser del orden más elevado.

Lo que es aún mucho más evidente es que esta alma era de la familia de las almas grandes. Como inteligencia, la Madre de Chantal tiene rivales, y no tenemos dificultad en preferir á Santa Teresa; como carácter tiene muy pocos. Poseía en el más alto grado las cualidades que rara vez se reúnen, y casi podríamos decir las más opuestas: la paciencia y la viveza, la vehemencia más irresistible y la constancia más invencible; tanta entereza de ánimo junta con un don de autoridad

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 492.

sobre los demás, que la hacía dueña de todo. Parecía que había nacido para mandar; tan fácilmente lo hacía, que casi no lo pensaba. Tenía el porte de una reina, la mirada, la voz, el aire del mandato y del gobierno: si no hubiera tenido cuidado, éste hubiera sido su escollo, porque habría llegado á ser altiva, orgullosa, imperiosa, inclinada á la severidad, y sin poder tolerar la resistencia. Felizmente, la gracia de Dios, la dulzura comunicativa de San Francisco de Sales, y la santidad, corrigieron este defecto, desarrollando en su alma una dulzura y una humildad tanto más admirables cuanto que eran menos naturales.

Por otra parte, tenía un corazón excelente. ¿Quién podría dudarle después de haber leído esta historia? Su vida no es más que una serie de relaciones y afectos los más santos, los más nobles y legítimos, pero también los más vehementes y los más invencibles que se puede imaginar. Podrán encontrarse corazones más tiernos, pero en ninguno se hallará más calor, más fidelidad y abnegación, y en consecuencia más verdadero amor: amaba poderosa y apasionadamente, según expresión de San Francisco de Sales, y esto es lo que acababa de hacerla una grande alma.

Tan magníficos dones, no eran evidentemente en la Madre de Chantal sino la piedra de sillería; medios para llegar á un gran fin. ¿Qué hubiera hecho de ellos si hubiera debido pasar toda su vida en su castillo de Bourbilly? Allí hubiera amado á sus hijos, así lo creo; pero ¿los hubiera amado más? Los hubiera casado; ¿lo habría hecho mejor acaso? Les hubiera cerrado los ojos, porque viviendo con ellos, no por eso hubiera podido impedir su muerte, y quedándose anciana y viuda dentro del castillo de una provincia, hubiera enterrado los magníficos dones que Dios la había concedido para que llevase á cabo las más grandes empresas. Probablemente hubiera llevado á su lado á su nieta María de

Chantal en cuanto quedó huérfana; la hubiera educado en medio del campo, de un modo muy sólido, pero poco brillante; la hubiera casado con algún caballero de los alrededores de Bourbilly ó Monthelón, que quizá nunca la hubiese llevado á la corte, y así, el resultado de la conducta que tantas gentes reprende á nuestra Santa no haber seguido, hubiera sido haber quitado á la Iglesia la señora de Chantal, y al mundo la señora de Sevigné. Mucho mejor hizo para sí misma y para nosotros en seguir su vocación; y aquí, como siempre, los intereses de Dios estuvieron acordes con los intereses de la humanidad.

Sobre este fondo de eminentes cualidades, sembró Dios desde el principio el germen de las mayores virtudes. Se ha visto en esta historia cuál fué desde la cuna, después y siempre, la fe de la Santa Madre de Chantal. Era aquella fe firme, profunda, que no titubea, según la expresión de la Escritura, y á la cual todo le está prometido. Había escrito con su sangre la gran profesión de la fe del Concilio de Trento, y día y noche la llevaba sobre su corazón. Cuando estaba en la iglesia, su mayor gusto era oír cantar el *Credo*. Decía que esta unión de todas las voces y de todos los corazones en un mismo acto de fe, le arrebatava el alma. Honraba con particular culto al Patriarca Abraham, llamado en la Sagrada Escritura el padre de los creyentes; y después que, como él, sacrificó á su hijo por obedecer á Dios, se aumentó su devoción. Celebraba también de un modo particular las fiestas de los santos Mártires, que dieron su vida por la fe; y la de los grandes Doctores de la primitiva Iglesia, porque la defendieron con sus magníficos escritos. Aunque leía con profundo respeto todos libros de la Escritura Santa, ninguno le gustaba tanto como el de los Hechos de los Apóstoles. Aquellas páginas heróicas, en donde brillan á cada instante la fe de San Pedro y el celo de San Pablo, y

que están todas llenas de los triunfos de la Iglesia naciente, inflamaban su grande alma y hablaba de ellas con entusiasmo. Cuando concluía su lectura, decía besando el libro: *Credo et Confiteor*; «creo de corazón y confieso con la boca», con una energía que encantaba á los que la veían. De todos los misterios de la religión, el que más veneraba era el de la santa Eucaristía, porque nuestro Señor mismo le ha llamado misterio de fe. Había aprendido de memoria el himno admirable de Santo Tomás: *Adoro te devote*; y las estrofas que gustaba repetir eran aquellas en que el santo Doctor hace, en términos tan magníficos, tan hermosas protestaciones de fe. Suspiraba por el martirio y decía á sus religiosas: «¡Oh Dios mío, qué motivo de humillación para nosotras el no haber sido dignas de confesar nuestra fe delante de los tiranos de la tierra!»

Esta fe tan fuerte se apoyaba solamente en la palabra de Dios, y por esto era invencible. A ejemplo de San Luis, no se cuidaba de oír las razones que prueban la verdad de los dogmas, ni la relación de los milagros que Dios ha hecho para sostenerla; y ordinariamente mandaba omitir su lectura cuando se leía en el refertorio la vida de los santos. «¿Qué tenemos que hacer nosotras—decía—con estas pruebas y con estos milagros, sino bendecir á Dios, que los ha hecho para algunos que tenían necesidad de ellos? Nosotras tomemos su palabra dada á la santa Iglesia, y es muy bastante», y otro día: «Estoy más segura—decía—de la verdad de todos los artículos de la fe, que de que tengo dos ojos en la cara.»

Sobre este fundamento invariable de la palabra de Dios, apoyaba todas sus empresas. «No hay necesidad de apoyarse en medios humanos—decía un día principiando una fundación;—baste creer que la palabra de Dios siempre se cumple.» Y otra vez, en circunstancias sumamente difíciles: «El cielo y la tierra pueden tras-

tornarse, pero la palabra de Dios permanecerá eternamente. Está dicho que si buscamos el reino de Dios y su justicia, lo demás se nos dará; lo creo, y descanso en ello.» Así, aun cuando todas las criaturas la hubieran abandonado, no se hubiera turbado; y aun por el contrario, esto mismo hubiera realzado y afirmado su esperanza. Cuantos menos apoyos veía á su alrededor, cuantos más obstáculos encontraba, más se dilataba su corazón; mirando á Dios y avivando su fe, se apoyaba con tanta más resolución en Dios, cuanto más destituida se veía de todo socorro humano; en los momentos más apurados, se le oía exclamar: «¡Dios es fiel! ¡Dios es fiel!» Y también: «Aun cuando este mismo Dios me hundiese ¡esperanza en Él!» De aquí dimanaba aquella paz en medio del peligro; aquella alegría y aquella serenidad en los mayores apuros y en las grandes escaseces de las fundaciones; aquella dulce alegría aun en medio de las penas interiores más horribles; aquella constancia, en fin, y aquella fortaleza invencible que la hacía superior á todas las dificultades. En esta mujer incomparable tuvo perfecto cumplimiento aquella hermosa palabra de la Escritura santa: «La victoria por la cual triunfamos de todo, es la victoria de nuestra fe.»

A esta fe firme, á esta esperanza invencible, juntaba el amor más fuerte á Dios, el más animoso en las empresas, el más constante en las dificultades, el más discreto y humilde, y sobre todo el más generoso; un amor que la hacía vivir enteramente abandonada á la santísima voluntad de Dios, que la inclinaba al aniquilamiento total de sí misma para exaltar á su amado, y que la inundaba de alegría, pensando en la felicidad de participar en algo de los desprecios, humillación y dolores de su Salvador; muy feliz—decía—por seguir á Jesucristo desnudo, completamente desnuda de todo, uniéndose á Él por la inmolación de sí misma. Los mayores personajes del siglo XVII, no podían hablar sin

entusiasmo de la grandeza del amor de la Madre de Chantal. «Yo no sé—decía un santo religioso—si el amor divino ha tenido nunca un dominio más entero y más absoluto sobre un alma, y si podría encontrarse otra más abandonada al amor en toda la tierra.» Ya se había hecho vulgar á fuerza de repetirlo, que la Madre de Chantal era una de las mayores amantes que tenía Dios en la tierra.

Este amor ardiente que la Madre de Chantal tenía á Dios era tan puro, tan elevado, que no se cuidaba de goces, consuelos, ni aun de las recompensas mismas del amor. «Saborear las suavidades de Dios—decía—no es amor sólido; pero humillarse, sufrir, padecer, morir á sí misma y querer no ser conocida más que de Dios, este es verdadero amor.» Y en otras circunstancias: «Si la gloria y la felicidad pudiesen separarse de Dios, no daría un paso por tenerlos, porque no quiero aspirar sino á Dios sólo.» Y añadía: «He dicho muchas veces á nuestro Señor en lo más fuerte de mis trabajos, que si le agradase fijar mi morada en los infiernos, con tal que fuese sin que yo le ofendiese y que mis tormentos fuesen para gloria suya, estaría contenta y siempre sería mi Dios.»

Así, todo su afán era entregarse toda entera á la gracia y beneplácito de Dios. «Dios sólo, Dios sólo,» decía sin cesar. «¡Entregaos, entregaos al amor santo!,» repetía incesantemente á sus Hijas. Y un día que una de ellas decía que esto era muy difícil: «¡Oh, si supieseis lo que es estar enteramente entregada á la gracia!» Y al decir estas palabras sus ojos se elevaron ardientemente hacia el cielo, como si se hubiese quedado en éxtasis. Un testigo que fué oído en el proceso de la canonización, cuenta «que su alma parecía quedar á veces toda abnegada en Dios.» Y la misma Santa confesó que había recibido de Dios por algunos momentos tan gran don de amor divino, «que le parecía que su cuer-

po no era más que un extranjero asociado con ella. Tan elevada se sentía por el santo amor sobre todas las cosas de la tierra.

Pero por más puro y ardiente que fuese su amor, la santa Madre de Chantal no caía en aquellos refinamientos de espiritualidad que empezaban á manifestarse, y que iban á turbar las más bellas aspiraciones de la piedad en el siglo XVII. La firmeza de su buen juicio la protegió siempre contra semejantes extravíos. Estando un día en una de las mayores ciudades de Francia, una religiosa de virtud eminente quiso conferir con ella de su interior. En la conversación le dijo esta religiosa que hacía algún tiempo se encontraba en tales sequedades y abandonos, que era preciso se contentase con saber que Dios es Dios, sin atreverse á llamarle su Dios, ni aun pensar que lo fuese. «¡Oh! en cuanto á esto—dijo la Madre de Chantal—lo dejo para vos, querida madre mía; jamás practicaré yo esta abnegación. Por abatida que haya estado mi alma, jamás ha llegado á tanto que no haya podido decir: Dios mío, vos sois mi Dios, y el Dios de mi corazón.» Replicándole esta religiosa que diciendo *Dios mío* parecía en esta palabra que aún no había una perfecta desnudez de espíritu, «y qué—replicó la Santa,—¿igualará nunca nuestra desnudez á las del Hijo de Dios? Y no obstante, en medio del mayor de los abandonos imaginables, dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?»

Este amor á Dios, tan fuerte, tan sólido, y por decirlo así, tan austero, se unía, no obstante, á la piedad más sencilla y tierna. Era un gusto verla en la noche de Navidad, con qué devoción iba á envolver al Niño Jesús por sí misma para colocarle en el pesebre que hacía poner, y cantarle y hacer cantar alegremente á las Hermanas los villancicos que ellas mismas componían, cuidándose poco de la rima, y atendiendo á la devoción que en ellos encontraba. Gustaba también de